

«Este libro es un estudio con gran elegancia y lleno de referencias de autores conocidos y otros menos famosos, no solo nos abre las puertas de los sueños que han alimentado nuestro imaginario colectivo, sino que también nos invita con gran lucidez a una toma de conciencia cívica.»

MIREILLE AZZOUG,
Le Monde diplomatique

«El libro es evidentemente fascinante y arroja una potente luz sobre uno de los conceptos más de moda hoy en día. Una obra saludable, pues.»

PAUL LOUBIÈRE,
Sciences Avenir

«El interés de esta obra es evidente, pues procura interesantes informaciones acerca de numerosos "mundialistas" americanos —como Bellamy, Theodore Roosevelt, Wilson o Melvin Dewey—, precedentes del "milenario del global democratic marketplace" de Zbigniew Brzezinski.»

MICHEL BRESSON,
Catholica

Armand Mattelart HISTORIA DE LA UTOPIA PLANETARIA

HISTORIA DE LA UTOPIA PLANETARIA

De la ciudad profética
a la sociedad global

Armand Mattelart

UNIVERSIDAD DE CHILE



3 5601 15281 4855



INDICES TRANSICIONES

303.482
M435
2002
C.1

ISBN 84 493-0892-5
7 0022



reconciliación imaginada por algunos pensadores del socialismo entre la razón y la vida afectiva, la estructura colectiva y la del individuo, el trabajo y el placer, la economía y la cultura, el progreso técnico y el progreso social, la ciudad y el campo y las periferias, está abocada a desmoronarse entre dilemas posibles, y convertirse en otras tantas causas de fisuras del movimiento social. Del apego a un solo término, de la gloria o de la relegación del otro en nombre de la construcción de la infraestructura material, nacerán los grandes males sobre las finalidades y los medios de la revolución mundial por el *Manifiesto del partido comunista*.

Capítulo 6

La red, la técnica y el nuevo sentido del mundo

La representación redentora de las técnicas de comunicación triunfa en la segunda mitad del siglo XIX, y se fusiona con los grandes relatos del progreso y de la democracia. La normalización de las redes internacionales del telégrafo (pero también del correo) se conjuga con las figuras de la concordia universal. Antes, incluso, de que los científicos hayan conseguido dominar lo «más pesado que el aire», las máquinas voladoras reavivan el imaginario de la liberación humana. La imagen del porvenir del mundo que, a partir de las dos últimas décadas del siglo XIX y hasta la víspera de la Gran Guerra, proyectan los relatos de ciencia-ficción, oscila entre la promesa de una Ciudad mundial y el apocalipsis de un globo aniquilado por la guerra total y planetaria. Las controversias sobre los efectos de la generalización de un racionalismo técnico, guiado únicamente por el beneficio, dividen a los círculos socialistas, que se interrogan acerca de las posibilidades de dominar los usos sociales de las innovaciones, con fines de emancipación. El entramado del territorio con hilos y cables eléctricos suscita una nueva esperanza de democracia descentralizada. Desde su invención, el cinema-

EL TELEGRAMA Y LA CARTA:
UN «SOLO TERRITORIO PARA TODO EL UNIVERSO»

El primer mensaje telegráfico transmitido por Samuel Morse — el 24 de mayo de 1844, desde Baltimore a Washington — decía lo siguiente: «*What hath God wrought*», «Lo que Dios ha hecho».¹

El 13 de abril de 1865, los delegados de unas veinte naciones europeas se reúnen en París para decidir la creación de una Unión telegráfica internacional. El ministro francés de Asuntos Exteriores Drouyn de Lhuys, da la bienvenida a los delegados: «Estamos aquí reunidos en un auténtico congreso de la paz. Si bien es verdad que la guerra no proviene, a menudo, sino de malentendidos, no es menos cierto que podría destruirse una de sus causas, facilitando el intercambio de ideas entre los pueblos y poniendo a su alcance ese prodigioso ingenio de transmisión, ese hilo eléctrico, por el cual, el pensamiento, como si fuera transportado por un rayo, vuela a través del espacio, y que permite establecer un diálogo rápido, incesante, entre los miembros dispersos de la familia humana».² El convenio se firmará dos meses más tarde. Sólo Inglaterra no ha sido convocada porque, a diferencia de las naciones del continente, allí el telégrafo está en manos privadas.

El convenio por el que se crea la Unión telegráfica aporta una innovación de peso en relación con los modos de concertación entre Estados-naciones, establecidos desde el congreso de Viena. Los diplomáticos pasan a segundo término ante los ingenieros y los técnicos. Se crea una Oficina permanente (o Secretariado), que posee la facultad de sancionar a los miembros que infrinjan la normalización de las redes. Una publicación periódica sirve de enlace a los países adheridos. La contabilidad sistemática de los flujos proporciona la herramienta estadística de las decisiones. Este prototipo de forma organizativa acaba multiplicándose. Será reproducido por la Oficina internacional de pesas y medidas, que culmina la internacionalización del metro (1875), la Convención para la reglamentación internacional de rutas marítimas (1879), la Unión internacional para la protección de la propiedad industrial (1883), el Instituto internacio-

1. Du Boff, R. B., «The Rise of Communications Regulation: The Telegraph Industry, 1844-1880», *Journal of Communication*, 1984, vol. 34, n° 3, pág. 54.

2. «Procès-verbal n° 2 de la séance du 13 avril 1865 de la Conférence télégraphique internationale réunie à Paris», en *Recueil des traités de la France*, M. De Clercq (comp.), París, Amyot, 1868, vol. 9 (1864-1867), pág. 252.

nal de estadística (1885), y tantos otros, en una época en que abundan los acuerdos interestatales. Al término de la Gran Guerra, los signatarios del tratado de Versalles se inspirarán en él para instituir la Sociedad de Naciones y la Oficina internacional del trabajo.

El 9 de octubre de 1874, veintidós Estados de Europa y América se reúnen en Berna, en un lugar simbólico, la sala de la antigua Dieta nacional donde, un cuarto de siglo antes, se había concertado la Unión postal de los veintidós cantones helvéticos, y acuerdan la creación de la Unión general de correos. En 1878, la organización cambia su nombre por el de Unión postal universal. El convenio, que instaura «un territorio postal único», sigue fielmente el modelo organizativo inventado para la «correspondencia telegráfica».

Aunque se alcanzó más tardíamente, la idea de reunir a las administraciones postales del globo en una única gran asociación se anticipó a la formulación del proyecto de Unión telegráfica internacional. El primer deseo se remonta a 1811 y procede de la Confederación del Rin que, a la caída de Napoleón, se reconvertirá en Confederación germánica, pionera en este ámbito, igual que lo será más tarde en la armonización de las redes de ferrocarril europeas. Indisociable del imaginario de la construcción del Estado-nación, la unificación de las redes de comunicación precede, en este país, a la formación de la unidad nacional. En dicha época, el territorio germano cuenta, cuando menos, con una treintena de administraciones postales independientes. El caos de tasas y reglas dispares incita a un consejero de Estado de Erlangen a redactar un informe oficial sobre la adopción de normas comunes, tomando como testigo al universo, y ya no sólo a las múltiples autoridades locales. «En materia postal, explica, desde cualquier punto de vista, debería reinar un espíritu cosmopolita, un *espiritu universal*, como en las artes y las ciencias.» El envío de los despachos debería «ser considerado como una *institución universal*».³ Mera expresión de un deseo, el documento no dice cómo satisfacerlo. Aún es muy pronto. Tamaña universalización requiere, en efecto, la previa uniformización de las reglamentaciones en el interior de cada nación. Es lo que acomete, en 1840, Rowland Hill (1795-1879), con la reforma de la organización postal de Gran Bretaña. Inventa el sello postal y logra la adopción de una tasa uniforme, rompiendo así el vínculo plurisecular entre la distancia y el importe del franqueo. Este modelo de reforma postal nacional termina exportándose.

3. Beelenkamp, C. J., *Les Lois postales universelles*, La Haya, Mouton, 1910, pág. 521.

En 1841, la Confederación germánica vuelve a la carga. El economista alemán J. von Herrfeldt formula un primer proyecto de «Unión postal mundial» (*Welt-Postverein*). Y Prusia da ejemplo, lanzando en 1850, una Unión postal austroalemana, según el mismo modelo que el que le sirviera para establecer una Unión telegráfica. Siguiendo sus pasos, una conferencia reunida en Berlín al año siguiente propone una Unión postal europea. Una propuesta sin ningún porvenir. En 1863, el gobierno de Estados Unidos, a instancias de su *Postmaster* general, Montgomery Blair, pone de moda la «transmisión de pueblo a pueblo» y logra que se dé un paso decisivo por el camino hacia la Unión, al convocar, en París, una conferencia postal internacional con el fin de revisar, simplificar y unificar los intercambios. En 1868, el principal artífice de la unificación postal alemana, Heinrich von Stephan (1831-1897), apodado el «Bismarck del correo», elabora un proyecto de Unión general de correos que servirá de base para el acuerdo definitivo. El «territorio postal único» no comprende entonces más que Europa, con la Rusia asiática, la Turquía asiática, Egipto, Argelia, las posesiones españolas en el África septentrional, las Islas Canarias y Madeira, más Estados Unidos, Canadá y las otras posesiones británicas en América y Groenlandia. La firma del convenio definitivo tuvo que esperar a que se apagasen los resentimientos originados por la guerra francoprusiana de 1870. Únicamente Francia se abstuvo de firmar el tratado de la Unión general de correos, en 1874. Exigió un plazo de reflexión de seis meses y notificó su adhesión al año siguiente, con la condición expresa de acogerse a una moratoria en relación con la fecha, inmediata, de entrada en vigor del tratado.

La democratización de los intercambios que la normalización postal ha supuesto para las clases populares pesa mucho en los afanes proféticos. He aquí una muestra: «El telégrafo eléctrico no podría sustituirlo porque, hasta ahora, sólo pueden utilizarlo las clases acomodadas y la industria. Y mientras que, a primera vista, pudiera parecer que está destinado a reemplazar, en parte, a las comunicaciones manuscritas, en realidad, no hace sino aumentar la correspondencia, porque la lacónica expresión del telégrafo eléctrico exige informaciones más amplias y porque estas comunicaciones no podrían tener, por otra parte, la fuerza de obligar de la firma personal. Las correspondencias, incluidos los productos de la prensa (los impresos), son, y serán, pues, por mucho tiempo, el principal medio del que las distintas naciones se han de servir para intercambiar los resultados de cuanto constituye su vida intelectual; la ampliación de los lími-

tes actuales de la libertad de correspondencia es, por tanto, uno de los problemas más importantes que se le plantean a un gobierno ilustrado».⁴

Los flujos de inmigración no son los últimos en inspirar el discurso sobre la «correspondencia de pueblo a pueblo». A modo de oración fúnebre por sir Rowland Hill, el editorialista del *Times* escribe, el 28 de agosto de 1879: «Para entender todo lo que este hombre eminente ha hecho por la humanidad, hay que recordar que todos los países civilizados del mundo han adoptado su sistema y que las comunicaciones son ahora tan seguras, tan rápidas, y tan poco costosas que el viajero lejano, el emigrante, incluso el exiliado, sienten que cuantos han dejado atrás en el hogar familiar están, de alguna manera, junto a él. Nadie, en efecto, como Rowland Hill, ha contribuido tanto al acercamiento entre las naciones, para hacer del género humano una única y misma familia».⁵ Los adeptos de la organización cooperativa van más lejos y rememoran su vocación filantrópica. Antes de concebir su reforma de los servicios postales había publicado, en 1832, «*Un plan para la extinción gradual de la pobreza*»,⁶ al mismo tiempo que participaba activamente en la fundación de la Sociedad para la difusión de los conocimientos útiles. Además de haberse embarcado en una sociedad para la colonización de la Australia meridional.⁶

Hasta comienzos del siglo XX, cada una de las asambleas generales de la Unión postal proporciona la ocasión de conjugar en todos los tonos la «finalidad eminentemente humanitaria» de la organización y su «tarea de concordia y armonía internacionales». En julio de 1900, el discurso de apertura del congreso de Berna corre a cargo del decano, que no es otro que el director de la explotación postal en Francia: «Un solo territorio para todo el universo: tal fue la atrevida concepción de la Unión... Sus fundadores han resuelto este problema grandioso de tal forma que, sin atentar contra la soberanía ni la independencia de ningún Estado, se han satisfecho los intereses generales de todos ellos, como si el universo entero no formase sino un único y mismo pueblo. Sabemos ya, por ejemplo, que los Estados Unidos de América y ciertas mentes han acariciado, de vez en cuando, la idea

4. *Ibid.*, pág. 528.

5. «Sir Rowland Hill», *Times*, 28 de agosto de 1879, reproducido en *ibid.*, pág. 568.

* *A Plan for the Gradual Extinction of Pauperism*.

6. Holyoake, G. J., *The History of Co-operation*, op. cit., vol. 1, pág. 536.

de que este modelo pudiera dar origen a los Estados Unidos de Europa. Sabemos también de generosos filósofos para quienes los Estados Unidos del globo no serían, políticamente hablando, una quimera ni una utopía, toda vez que, en el orden económico, semejante sueño se ha convertido en una realidad tangible, gracias, en particular, a la Unión postal, cuya fuerza vital nos reúne hoy. En efecto, la Unión postal representa los Estados Unidos del mundo entero, y su lema no sólo es *e pluribus unum*, sino realmente, *ex omnibus unum*.⁷ Tres años antes, en la conferencia de Washington, el delegado de Suiza, durante la sesión de clausura, había exclamado: «Allí donde acaba la Unión, empiezan las tinieblas de la barbarie».⁸ En 1906, durante su alegato en favor de una tarifa universal (*penny postage*), el delegado de las colonias británicas de la Australasia hablará, por su parte, de una «Federación de paz y buena voluntad entre las naciones».

En 1909, el antiguo presidente de la Confederación suiza descubre, en Berna, el monumento conmemorativo de la Unión postal universal, obra del escultor francés René de Saint-Marceaux: cinco mensajeras, unidas entre sí, rodean el globo. Conclusión del discurso lírico del hombre de Estado, promovido al cargo de director de la Oficina internacional de la Unión: «¡Mensajeras de los cinco continentes, llevad, en el amplio vuelo que emprendéis, cada vez más rápido, al desamparado infeliz, noticias de los suyos, a los pioneros de la civilización, los estímulos y apoyos de la madre patria, transportad y sobre todo intercambiad con vuestras manos extendidas, mensajes de paz, por el bien de la humanidad!».⁹

LA ICARIA AÉREA: DE VÍCTOR HUGO A JULIO VERNE

La década de la creación de la Unión telegráfica es también el decenio en el que se enfrentan los partidarios del «helicóptero» o «aeróscafo dirigido» y los del globo. Víctor Hugo, que no deja de exclamar «¡Toda la Tierra será compatriota!» pone su pluma al servicio de los primeros.

En 1863, Nadar crea la Sociedad de navegación aérea y el periódico *El Aeronauta*.^{*} En enero del año siguiente, lanza el «Manifiesto

7. «Discours de M. Ansault», en Beelenkamp, *op. cit.*, pág. 603.

8. «Discours de M. Delessert», en *ibid.*, pág. 589.

9. «Discours de M. Ruffy», en *ibid.*, pág. 620.

* *L'Aéronaute*

de la autolocomoción aérea», punto de partida de una campaña contra los apologistas del globo. Víctor Hugo no le escatima su apoyo y le hace saber, en una carta, lo mucho que su iniciativa acelera el advenimiento de la Federación de los pueblos. He aquí un extenso fragmento que merece ser sacado a la luz: «En este mismo instante, van desapareciendo del mapa esos abigarrados pueblos, despedazados y desgarrados en jirones, a los que llamamos imperios y reinos. El mapamundi se vuelve azul como el mar, como el cielo. Vos tenéis la unidad. Unidad es armonía; unidad es libertad... Sería el *desenlace*. Desde hace seis mil años, en efecto, el hombre está enlazado. El viejo tajo violento del nudo gordiano, es decir, la civilización mediante la guerra, ha sido hasta ahora el expediente. Expediente tonto y miserable. Poned al hombre en posesión de la atmósfera y el vínculo de las tinieblas se deshará por sí mismo. Arminio liberó a Alemania, Pelayo a España, Vasa a Suecia, Washington a América del Norte, Bolívar a América del Sur, Botzaris a Grecia, Garibaldi a Italia. En este momento, Polonia libera a Polonia. Esto es grande y bello. Hagamos más. Liberemos al hombre. ¿De quién? De su tirano. ¿Qué Tirano? La gravedad. Sondead esta palabra, la gravedad, y veréis en ella la causa de los prejuicios, y también de los hábitos rutinarios... ¿Qué es el aeróscafo dirigido? Es la supresión inmediata, absoluta, instantánea, universal, en todas partes a la vez, para siempre, de la frontera... Es toda la tiranía sin razón de ser. Es el desvanecimiento de los ejércitos, de los choques, de las guerras, de las explotaciones, de la esclavitud, de los odios. Es la colosal revolución pacífica. Es bruscamente, repentinamente, y como si de un golpe de aurora se tratara, la apertura de la vieja jaula de los siglos. Es la inmensa liberación del género humano... Geo se llamará Demos. Toda la tierra será Democracia». Es el globo que comienza a gozar. «Los cuentos de Oriente dicen que en el cielo hay una perla. Esta perla inaccesible y oculta es, sin duda, la Atlántida encontrada, la paz, la fraternidad, el amor, el divino júbilo del hombre feliz en la justicia.»¹⁰

En 1883, Hugo reincide en la *Leyenda de los siglos*. En un poema titulado «Pleno cielo», contrapunto de «Plena Mar» (que citábamos

10. Carta reproducida íntegramente en Blériot, L. y Ramond, E., *La Gloire des ailes*, París, Éditions de France, 1927, pág. 17-22. Para los poemas «Plein ciel» (y «Pleine mer»): Hugo, V., «Vingtième siècle», *La Légende des siècles* (1857-1883), París, E. Hugues Éditeur, 1890, págs. 268-275 (trad. cast.: *La leyenda de los siglos*, Madrid, Cátedra, 1994, págs. 297-303 [Plena Mar] y 304-319 [Pleno Cielo]).

al principio de nuestra obra), escribe: «¿Adónde va este navío? Avanza, de luz vestido,/ Hacia el futuro divino y puro, hacia la virtud,/ Hacia la ciencia que centellea;/.../ Avanza, este glorioso navío,/ Al derecho, a la razón, a la gran fraternidad;/.../ La dura fatalidad se pierde en la lontananza;/ Toda la historia antigua espantosa y deformada/ Huye como una humareda sobre el horizonte nuevo./ Por fin el tiempo ha llegado. El hombre toma posesión/ Del aire, como del agua el alción y el somormujo./ Ante nuestro sueño audaz, ante nuestras utopías/ Que tienen ojos creyentes, mas sus alas son profanas./ Ante nuestros esfuerzos pensativos, jadeantes,/ La terrible oscuridad nos cerraba sus puertas;/ El campo verdadero al fin se ofrece a la potente álgebra...». Encaramados en su «esquife que planea», «los caminantes del infinito» recorren el «cerrojo de las tinieblas» y hacen «refulgir la fe en la vista de Spinoza y la esperanza en la frente de Hobbes».

En 1842, otro poeta, Alfred Tennyson, ya había visto en la conquista del aire por los «galeones de mágicas velas» el fin de las guerras y la eclosión del *Parliament of Man* y de la *Federation of the World*.^{*} Aunque los escritos de Hugo figuran entre los textos más líricos del siglo XIX sobre los beneficios humanitarios de la conquista del aire.

En 1886, Julio Verne (1828-1905) elabora la trama de *Robur el Conquistador*, en torno a la encarnizada lucha entre los «vanguardistas», partidarios de lo «más pesado que el aire» y los «retrógrados», esos «fanáticos» de lo «más ligero que el aire». Rehabilitar las aeronaves, en detrimento de los aerostatos, ésa es la misión que se fija este ingeniero que domina perfectamente el inglés, pero cuyo origen es desconocido y su «nacionalidad anónima». Porque Robur es la «ciencia del futuro, la del mañana, quizás», es la «reserva cierta del futuro». Robur es el «amo de esta séptima parte del mundo, mayor que Australia, Oceanía, Asia, América, Europa, esta Icaria aérea, que millares de icarianos poblarán algún día».¹¹ Robur no escatima medios para convencer a los globistas incrédulos del Welton Institute de Filadelfia, el mayor club de adeptos a la navegación aérea, de la superioridad de su Albatros, provisto de setenta y cuatro hélices y dos propulsores. Rapta al presidente y al vicepresidente del club, y

* *Parlamento del hombre y Federación del mundo*, respectivamente.

11. Verne, J., *Robur le Conquérant*, París, Hetzel, reproducido en facsímil, Ginebra, Bellerive, 1991, pág. 65 (trad. cast.: *Robur el Conquistador*, Madrid, Promoción y Ediciones, 1998; Barcelona, Iberlibro, 1991).

los embarca en su aeronave. Las tres cuartas partes de la novela están dedicadas a la descripción de la Tierra. El sobrevuelo se transforma en un auténtico curso de orografía y topografía de las redes y encrucijadas urbanas, en la gran tradición del Verne de *Viajes extraordinarios*. Encima de Nebraska, los pasajeros de esta locomotora aérea o «aeromotora» observan Omaha-City, «verdadera cabecera de línea de este ferrocarril del Pacífico, largo reguero de raíles, de mil quinientas leguas, trazado entre Nueva York y San Francisco», que les parece «como una anilla que rodea a la América del Norte por el tallo».¹² En África, la noche no deja «ver nada del ferrocarril transahariano, en construcción», «larga cinta de hierro que unirá a Argel con Tombuctú, a través de Laghouat, y Ghardaïa, para luego llegar hasta el golfo de Guinea».¹³

Robur gana su apuesta y «consigue abrir una brecha en la utopía de los globos dirigibles». Demuestra que, efectivamente, él es «ese audaz mecánico que poseía dicha potencia de locomoción, para quien los Estados ya no tenían fronteras, ni los océanos límites, que disponía de la atmósfera terrestre, como de una finca».¹⁴ Pero, al término de su misión, llega a la conclusión de que el estado de las mentes no está preparado para la «importante revolución que la conquista del aire ha de traer algún día», y se despide de los ciudadanos de Estados Unidos con estas palabras: «Ya he hecho la experiencia, pero mi consejo, desde ahora, es que no hay que anticipar nada, ni siquiera el progreso. La ciencia no ha de adelantarse a las costumbres. Lo que conviene hacer son evoluciones, no revoluciones. En una palabra, sólo hay que llegar a tiempo. Llegaría demasiado pronto hoy para poder con intereses contradictorios y divididos. Las naciones no están aún maduras para la unión».¹⁵ Verne, a quien el historiador Jean Chesneaux considera, con mucha razón, como perpetuador de la fe sansimoniana en la apropiación del globo por la humanidad, se aparta aquí del determinismo técnico que caracteriza a la generación del «sansimonismo práctico».¹⁶

Verne también tiene sus detractores. En 1879, Albert Robida (1848-1926) había escrito una parodia de los primeros *Viajes extra-*

12. *Ibid.*, pág. 79.

13. *Ibid.*, pág. 123.

14. *Ibid.*, pág. 185.

15. *Ibid.*, págs. 201-202.

16. Chesneaux, J., «Jules Verne et la tradition du socialisme utopique», *L'Homme et la société*, 1967, n° 4.

ordinarios, en la que se burlaba de sus pretensiones científicas. Es despiadado con «esta ciencia miserable» que lleva la Naturaleza a la ruina, la Humanidad a la destrucción y, en vez de unirla, la involucra en guerras cada vez más sangrientas. En 1883, publica *El siglo XX*. En 1887, *La guerra en el siglo XX*, y en 1890, *El siglo XX, la vida eléctrica*.^{*} Unas novelas de anticipación, de las que, previamente, había dado una primera impresión a los lectores, al publicarlas como ilustraciones en *La caricatura*, el semanario que dirigía. En el siglo XX, la circulación aérea sustituye a la circulación por tierra. Resultado: se entra en las casas por arriba. Hacen su aparición los inmuebles aéreos de papel aglomerado. Los ferrocarriles son sustituidos por tubos con viajeros, impulsados a cuatrocientas leguas por hora. El propio Presidente es mecánico. Para que funcione, el presidente del Consejo y el presidente de la Cámara accionan una llave. El telefonoscopio — antepasado de la televisión — es el mayor descubrimiento del siglo (Robida fecha la realización del primer telediario en 1952, Verne en el año 2889). El periódico telefonográfico permite descubrir los acontecimientos mundiales a cualquier hora. Si Robida inventa tantos ingenios imaginarios, es para fustigarlos como engranajes de la vida mecanizada. La guerra, máxima expresión de esta moderna civilización, es planetaria, submarina y aérea. Es bacteriológica y recurre a los gases asfixiantes. Durante la «Guerra de Railway», que dibuja en *La Caricatura* a partir de 1883, las locomotoras-fortalezas blindadas de los australianos, lanzadas a toda la velocidad que los capitanes-ingenieros han podido obtener de sus propulsores eléctricos, han sorprendido y arrollado a los primeros blocaos sobre ruedas con que se han encontrado, pasada la frontera, y, apoyadas por una división aérea, han atravesado las líneas, pese a los desesperados esfuerzos de una división de ferrocarril mozambiqueña y de algunos «globosets» blindados.¹⁷ Previamente, los poderosos cañones habían obtenido medallas de oro en todas las exposiciones que se jactan de ser los escaparates y las asambleas del progreso. Este ataque al «Hada Electricidad» es una embestida de Robida contra la Exposición universal de 1889 y la primera Exposición internacional de la

* *Le vingtième siècle, La guerre au vingtième siècle, la vie électrique*, respectivamente.

17. *La Caricature. Journal hebdomadaire*, n° 200, 25 de diciembre de 1883, pág. 1. Los datos sobre la obra de Albert Robida están tomados del catálogo de la exposición que le dedicó el Ayuntamiento de Tréguier, Côtes-d'Armor, en el verano de 1995.

electricidad de 1881, ambas organizadas en París, y que pusieron a Thomas A. Edison por las nubes.

Once años después de *La guerra del siglo XX*, y doce años después de *Robur el conquistador*, Herbert George Wells (1866-1946) hace que los lectores de su novela *When the Sleeper Awakes* («Cuando el durmiente se despierte») escuchen el zumbido de los aeroplanos y, por primera vez, escenifica un combate de escuadrillas. Estamos en 1898. La técnica de lo más pesado que el aire aún no está dominada y la decisión de crear la Royal Air Force no se tomará hasta agosto de 1917. En *The War in the Air* («La guerra en los aires»), los *Drachenflieger*,^{*} pilotados por un solo hombre, despegan de los dirigibles gigantes, verdaderos portaviones, revolotean por todas partes y lanzan bombas. Esta guerra de dimensión planetaria, provocada por el Imperio alemán, paraliza ciudades enteras, hace pasar hambre a sus habitantes y los sume en el pánico, desarticula el mundo de la producción y precipita la crisis de los gobiernos del mundo entero. Ya no se publican libros ni periódicos. Es el triunfo de los rumores. Estamos en 1898. Wells no sospecha que, nada más declararse la auténtica guerra, el ministerio de Información de su país le confiará la maquinaria de propaganda, la producción de *word bullets*,^{**} destinadas a Alemania. Lo que no puede ignorar, es que la propuesta belgoinglesa, hecha en 1907, de introducir la reglamentación de la guerra de los aires en el programa de una próxima conferencia de Paz en La Haya, se ha quedado en letra muerta.¹⁸

Para acercarse a la relación que Wells establece entre la comunidad mundial y el aeroplano, símbolo de la modernidad técnica, no se puede evitar un rodeo por Edward Bellamy y William Morris. Sus utopías novelescas le sirven de contrapunto.

EDWARD BELLAMY: EL AÑO 2000 VISTO DESDE EL NUEVO MUNDO

En 1888, el socialista de Nueva Inglaterra Edward Bellamy (1850-1898) publica *Looking Backward*^{***} 2000-1887, cuyo éxito es

* Literalmente, «cometa [barrilete]; modernamente, el que vuela en «ala delta» (N. del t.).

** *Palabras-balas*

18. Staël-Holstein, L. de, *La Réglementation de la guerre des airs*, La Haya, M. Nijhoff, 1911, pág. 17.

*** Literalmente, «Mirando hacia atrás».

fulgurante: más de un millón de ejemplares vendidos en Estados Unidos y numerosas traducciones, una de ellas en lengua rusa, acogida con entusiasmo en los círculos reformistas. Anteriormente, el autor había publicado otras dos novelas en las que escenificaba los últimos hallazgos de la ciencia y las ilusiones que suscitaban. Si bien esta ficción novelesca no es una excepción en el esquema ideal de la utopía, innova al transportar al lector a un mundo en el que los nuevos artefactos y la internacionalización de los intercambios forman, naturalmente, parte del paisaje y de la sociedad futura.

Adormecido por un profesor de «magnetismo animal», Julian West, un hombre de unos treinta años, que vive en Boston, se despierta en el año 2000, en esta misma ciudad. Lo primero que le impresiona es la ausencia de chimeneas. La electricidad ha sustituido al carbón. La industria y el comercio ya no están en manos de grandes monopolios privados que sólo piensan en su interés y en su beneficio. No existe sino un único trust, que representa al pueblo y actúa en función del interés común y en provecho de todos. «La nación, puede decirse, está organizada como una gran empresa industrial que ha absorbido a todas las restantes; se ha convertido en el único capitalista, en lugar de todos los otros capitalistas, en el único patrono, en el monopolio final que se ha tragado a todos los monopolios anteriores de menor entidad; un monopolio cuyos beneficios y ahorros se reparten entre todos los ciudadanos.»¹⁹ La nación (el término se alterna con el de gobierno) es dueña de los molinos, máquinas, ferrocarriles, granjas, minas, y del capital. Esta revolución no se ha llevado a cabo con violencia, sino mediante la argumentación. Las propias compañías se han sumado al proyecto de control de sus actividades por parte de la nación, convencidas como lo han sido por la opinión pública, de que este modo de organización era el que mejor convenía a una economía dominada por las máquinas. Cada ciudadano se beneficia de la producción común, y ya no hay cabida para la capitalización individual, la herencia, la moneda y el salariado. Cada uno dispone de una «tarjeta de crédito» asociada a una cuenta en dólares abierta por el gobierno, en la que figuran sus gastos y su parte del producto anual. Ante la pregunta que le formula Julian West: «¿Por qué concepto percibe su parte? ¿Cuál es la base de su parte?», su interlocutor contesta: «El concepto es su humanidad; la base de su reivindicación

19. Bellamy, E., *Looking Backward 2000-1887*, Londres, William Reeves, 1890, 22ª ed., págs. 40-44 (trad. cast.: *Cien años después*, Barcelona, Carbonell y Esteva, [189-190]).

es el hecho de que sea un ser humano».²⁰ Por eso es por lo que, sean cuales sean la función o el oficio, el «salario», palabra impropia, es el mismo para todos. Los únicos estímulos que funcionan son el honor, el patriotismo, el amor por los galones (hay tres insignias distintivas) y la reducción del tiempo de trabajo (únicamente para los trabajos penosos o complicados). La tarjeta de crédito nominativa permite adquirir todo lo que se necesita en las tiendas públicas. El fin del desempleo, de las huelgas y de las fuerzas armadas ha aumentado la fortuna pública hasta tal punto que hoy todos viven acomodadamente, en el «lujo público» (no hay «lujo individual»), conforme lo atestiguan los numerosos teatros, restaurantes y galerías de arte.

Ya no hay ejércitos. Pero hay un ejército industrial, una jerarquía y un uniforme. Los hombres, en efecto, están sujetos al servicio obligatorio entre los veintiún y los cuarenta y cinco años. Las mujeres también, pero según modalidades que les son propias. Sólo están exentas del servicio las personas aquejadas de una disminución física. Asignado, al principio, por sus superiores, a tareas manuales, al cabo de tres años, el recluta opta, en función de sus aptitudes físicas y mentales, por una profesión liberal o una actividad industrial, en las que deberá hacer su aprendizaje. El soldado del ejército del trabajo asciende en la jerarquía según la misma regla de los informes y las hojas de servicio que rigen en el establecimiento militar. Cada general de cuerpo nombra a los oficiales subalternos, mientras que los grados superiores, desde general hasta presidente de la república industrial, son elegidos. Sólo las personas jubiladas son elegibles y electoras. Las mujeres, guardianas del porvenir del mundo, y valorizadas como tales (están dispensadas de las tareas del hogar), tienen su jerarquía militar paralela, que responde a normas similares a las masculinas. Cada vez que un asunto les concierne, se requiere la presencia de un juez de sexo femenino. El ciudadano sólo puede sustraerse a este régimen espartano una vez liberado de las obligaciones del servicio.

El proceso de educación formal concluye, pues, con la mayoría de edad. Cultura general y humanidades constituyen las principales materias. El conocimiento teórico de los procesos industriales también forma parte del currículo normal que incluye visitas o excursiones a las distintas ramas de la industria. A la vista de los estantes de la biblioteca del doctor Leete y su mujer, Edith, que guían a Julian West en su periplo, los habitantes de Boston 2000 disfrutaban de un elevado nivel cultural: Shakespeare, Milton, Wordsworth, Shelley,

20. *Ibid.*, pág. 69.

Looking Backward.²³ Lo que le choca es esa visión acorde con el «socialismo de Estado», esa doctrina de la línea recta y de las simetrías que, a fin de cuentas, no cambia gran cosa a la felicidad adulterada de la sociedad real. Esta sociedad que no cesa en su empeño de «utilizaros como máquinas, de alimentaros como máquinas, de vigilaros como máquinas, de haceros currar como máquinas, y que os arrumbará, como máquinas, cuando ya no estéis en condiciones de uso».²⁴

Morris responde a esta utopía mediante el relato de otro sueño que comenzó a publicar como folletín en 1884, en la revista londinense *Commonweal*, y que se publica como libro en 1891, con el título de *Noticias de ninguna parte o una época de reposo, algunos de cuyos capítulos proceden de una novela utópica*.^{*} Transportado al siglo XXI, Morris, alias William Guest, remonta el Támesis en barca, en compañía de su amigo Dick, que le cuenta la Revolución que ha trastocado el orden de las cosas. Los habitantes de Londres se han reconciliado con el gusto por el arte y la belleza. En los mercados, la gente es guapa, disfruta de buena salud y viste alegremente. Todos disponen de casas distintas, y cada uno puede marcharse a otra parte y vivir como le plazca. El solo hecho de vivir en la belleza ha permitido redescubrir el placer y el gozo de la creación. La recompensa del trabajo es, precisamente, poder crear. Los mecanismos disciplinarios son inexistentes.

La abolición de la propiedad privada, de la servidumbre de las mujeres y de la tiranía familiar ha instaurado una sociedad de iguales. Por consiguiente, ya no hay código penal ni civil. Tampoco hay política. La diferencia de opiniones ya no le hace, como antes, el «juego a los amos de la política». La mayoría intenta convencer a las minorías. Inglaterra es, ahora, un jardín. Las grandes ciudades han sido «desbrozadas» y han recobrado la riqueza de su arquitectura. Su superficie ha sido limitada. Sólo el centro posee una densa población, que disminuye a medida que nos vamos alejando, abriendo paso a casas dispersas por las praderas. Los «distritos manufactureros» han desaparecido. El maquinismo y la gran industria ya no dañan a los paisajes. El transporte del carbón y de los minerales se lleva

23. Morris, W., *L'Âge de l'ersatz et autres textes contre la civilisation moderne*, París, Éditions de l'Encyclopédie des nuisances, 1996, pág. 16.

24. *Ibid.*, pág. 137.

* *News from Nowhere, or an Epoch of Rest, Being Some Chapters from a Utopian Romance*.

a cabo con el menor desorden y suciedad posibles, y sin perturbar la vida de la gente. Ya no se produce en grandes cantidades para un mercado abstracto, sino para gente que se conoce. Las pequeñas ciudades también han sido remodeladas. Los pueblos, anexos; antaño, de distritos manufactureros, han sido reconstituidos. Los habitantes de la ciudad se han ido a vivir allí, y de la supresión de la diferencia entre la ciudad y el campo, ha nacido una cultura vivificada por el intercambio entre la mentalidad urbana y la cultura campesina. Las rivalidades entre las naciones han desaparecido, pero no por ello pierden las razas, los países, sus características propias, porque todos están «ligados a la misma empresa».²⁵

«Sin hablar del deseo de producir cosas bellas, la pasión dominante de mi vida ha sido siempre el odio por la civilización moderna.»²⁶ Morris no hace sino adaptar a la ficción las reflexiones que, sobre esta civilización moderna, ha acumulado a lo largo de su vida profesional y de sus compromisos políticos, y de las que, por cierto, ha dejado constancia en numerosos artículos o conferencias. Lector asiduo de Fourier, comparte su crítica de la «civilización» y de la «feudalidad comercial», aunque no el modelo del falansterio, que conviene a una sociedad todavía indigente pero no a la «abundancia de la era comunista» que autoriza las «casas distintas». Los pocos textos de Marx que conoce le han inspirado un análisis del fetichismo de la mercancía, una crítica de la alienación y de la división del trabajo y un fresco de la sociedad comunista prometida, en la que el individuo, convertido en polivalente, disfrutará de una auténtica alegría de vivir y recobrará, no ya una naturaleza salvaje, sino una naturaleza que transformará en jardín. Morris tiene sobre todo a sus espaldas un combate de artista contra los daños de la industrialización y los «estragos de la civilización». Según él, la vida civilizada no es más que un sustituto, un sucedáneo (*makeshift*), en comparación con lo que debería ser la vida sobre la tierra. Su «deseo de producir cosas bellas» le ha llevado a denunciar la «pobreza de la cultura» en la sociedad victoriana. Pobreza que reflejan tanto las «pretendidas distracciones públicas», que «vacían de sentido los momentos de esparcimiento de los ciudadanos», o los «rótulos y carteles publicitarios instalados a lo largo de las vías férreas, que desfiguraban los cam-

25. Morris, W., *Nouvelles de Nulle part ou une ère de repos*, Paris, Société nouvelle de librairie et d'édition, 1902 (trad. cast.: *Noticias de ninguna parte o una era de reposo*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968).

26. Morris, W., *L'Âge de l'ersatz*, op. cit., pág. 19.

pos y los prados», como la fealdad y la tristeza de las casas obreras. Y es que, «mientras la casa de un obrero sea fea —dirá en 1894, al dirigirse a los habitantes de un barrio popular de Manchester—, será vano querer bellos cuadros».²⁷

Morris es el heredero de una tradición de crítica social que no ha dejado de estigmatizar la fe en la máquina. Una tradición iniciada a partir de 1841 por Thomas Carlyle (1795-1881) y continuada por John Ruskin (1818-1900) y Matthew Arnold (1822-1888). Esta oposición a la degeneración industrial, Morris la practicó, primero, en calidad de arquitecto en el grupo prerrafaelista y como fundador de una firma de decoración, cuyos trabajos anuncian el *modern style*; luego, desde las artes tipográficas, al promover una casa editorial; y, por último, después de un viraje político, en 1884, como militante activo de la *Socialist League*, el ala izquierda del socialismo inglés. No deja de decir que «la causa del arte es la causa del pueblo». Su itinerario estético y político hacen que su obra sea doblemente premonitoria. Por un lado, según observa Raymond Williams, arrima el ascua del humanismo romántico a la sardina de la causa de la clase obrera y colma el vacío entre visión política y práctica política.²⁸ Es uno de los primeros críticos de un materialismo de pocas luces que ha conducido al empobrecimiento de la sensibilidad y al destierro del imaginario. Su biógrafo, el historiador Edward P. Thomson, afirma, con razón, que desvela lo que en Marx ha permanecido en un «verdadero silencio»: las mediaciones de orden cultural y moral. Un silencio, al amparo del cual el determinismo económico le ha preparado el camino al dogma.²⁹ Por otro, por la forma en que plantea los problemáticos efectos del capitalismo industrial sobre la civilización y la cultura modernas, Morris anuncia los debates que, tres décadas más tarde, se producirán en torno a la «crisis de la universalidad», que se confunde con la de los valores universales de los que se prevale la alta cultura. Con él se esbozan los perfiles de un imaginario contestatario de la «producción cultural de masas». Antes incluso de que ésta reciba ese nombre y se extienda. Y, sobre todo, antes, incluso, de que se vislumbre la pretensión de esta

27. *Ibid.*, pág. 133.

28. Williams, R., *Culture and Society 1780-1950*, Nueva York, Harper and Row, 1966, en particular cap. 2, «The Romantic Artist».

29. Thompson, E. P., *William Morris: Romantic to Revolutionary*, Londres, Merlen, 1977 (trad. cast.: *William Morris: de romántico a revolucionario*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1988).

cultura, mediatizada por el mercado y la técnica, de administrar el vínculo social universal.

WELLS: LA MIRADA DEL AVIADOR

Herbert George Wells también es un adepto del socialismo, aun cuando su adhesión a la Sociedad fabiana sea de corta duración. Se afilia en 1903, pero se distancia de ella poco tiempo después, a raíz de una desavenencia con George Bernard Shaw. Comparte con Morris una misma tradición de crítica social a la degradación cultural y moral engendrada por el sistema industrial y a la decadencia del trabajo humano sometido al dominio del maquinismo. Pero él cree en la posibilidad de reconducir el progreso técnico hacia usos que emancipen a los humanos. Wells acusa a Bellamy de lanzar a la gente hacia una continuidad de contacto intolerable y de resolver los problemas de una sociedad definitivamente compleja, mediante fórmulas maniqueas que traducen el cambio social como si fuera el reverso de la sociedad controvertida.

«Unas fantasías de lo posible», la prolongación, en un futuro más o menos lejano, de las tendencias ya perceptibles de su tiempo, eso son, según propia confesión, las novelas, cuentos y relatos, e incluso ciertos ensayos futuristas del inventor, por antonomasia, de la ciencia-ficción. Un porvenir que sea creíble para una audiencia a la que califica de «lectores mariposas». Lo fantástico está llamado a convertirse en lo trivial y cotidiano del mañana. Es lo que demuestra al predecir la aspereza de las futuras guerras planetarias. La distancia entre realidad y ficción es a veces tan tenue, que la adaptación radiofónica por Orson Welles de *La guerra de los mundos* (1898), emitida por la cadena de la CBS, el 30 de octubre de 1938, aterrorizó a millares de norteamericanos. Lo que Wells imagina no es un equilibrio social, paradisíaco, que ya se ha alcanzado, sino un mundo contradictorio que se está haciendo (por algo será que el título de uno de sus primeros ensayos es *La humanidad sin terminar*)*. Las utopías anteriores eran estáticas. La suya invoca la «modernidad» y, por tanto, es cinética, construida sobre el movimiento. En *Una utopía moderna*** (1905) nos enteramos de que la palabra «moderno» designa todo cuanto ha sido concebido después

* *Mankind in the Making*.

** *A Modern Utopia*.

de Darwin, aquel que ha «aguzado el pensamiento del mundo». Y Wells está bien situado para introducirse en la antropología darwiniana. Ha estudiado historia natural con Thomas H. Huxley (1825-1895) y vive en una época profundamente marcada por la teoría de la evolución y la sociología organicista de Herbert Spencer (1820-1903), que ha sabido conjugar las aportaciones de esta nueva ciencia de lo viviente y de la física de la energía.³⁰ Lo que le interesa a Wells, ante todo, son los «efectos del progreso mecánico y científico sobre la vida y el pensamiento humanos», subtítulo de *Anticipaciones*,* uno de sus más célebres ensayos, publicado en 1901. Este mismo interrogante acerca de la naturaleza del progreso en la era industrial había llevado, en 1872, a su compatriota Samuel Butler (1835-1902) a escribir *Erewhon*, anagrama de *No Where*, libro fundamental para las disutopías o contrautopías sobre la moderna razón de la máquina. En esta sátira social, el autor había intentado aplicar a las máquinas la idea darwiniana de evolución, extendiendo a lo mecánico la lucha de los más aptos por la supervivencia biológica. En este lugar de *Ninguna Parte*, los antimaquinistas han triunfado sobre los maquinistas, después de una guerra. Al borrar todos los rastros de los inventos mecánicos del pasado, los antimaquinistas, de esta forma, han impedido que los organismos-máquinas, cada vez más perfeccionados, alcancen una existencia animada y que el alma del hombre se convierta en el «producto de la máquina».³¹

Wells «libera» a los humanos de «esta vestidura del tiempo, de la que habla Carlyle», según una expresión que aparece en el relato *El nuevo acelerador*.** El acelerador es ese descubrimiento que hará posible que cada uno pueda «colarse, por así decirlo, por los intersticios del tiempo». Será el comienzo de una «completa revolución en la vida civilizada». Porque esta invención permitirá que «nos concentremos con una potencia considerable en cada uno de los instantes, de las ocasiones, que requieren todo nuestro vigor y todas nuestras facultades, mientras que el retardador nos pondrá en condiciones de pasar con una tranquilidad pasiva las peores horas de difi-

30. Acerca de la sociología de Spencer, véase Mattelart, A., *L'invention de la communication*, op. cit., págs. 87-93 (trad. cast.: *La invención de la comunicación*, Barcelona, Bosch, 1995, págs. 96-99).

* *Anticipations*.

31. Butler, S., *Erewhon*, Harmondsworth, Penguin, 1970 (trad. cast.: *Erewhon*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942).

** *The new Accelerator*.

cultades y aburrimiento».³² Su primera novela (1895) se llamaba, con razón, *La máquina del Tiempo*, la máquina de explorar el tiempo, y Wells redacta, poco tiempo después, unos cuentos que titula *Cuentos del espacio y del tiempo*.* El espacio es el aeroplano, esa máquina que concentra toda la modernidad, tal como la define Wells. Veamos el testimonio de uno de sus contemporáneos, el ruso Evgueni Zamiatin, autor de la primera contrautopía del siglo XX, contra las empresas totalitarias (*Nosotros*).** «En la palabra aeroplano está todo Wells —escribía en 1922—. Desde la vertiginosa altitud del aeroplano se abren vastas lejanías, de un vistazo se abarcan naciones, países enteros, ese pequeño trozo de barro seco que es la Tierra, en su conjunto. El aeroplano vuela a gran velocidad, los reinos, los reyes, las leyes y las creencias se esconden de la mirada. Más arriba todavía, y a lo lejos, centellean las cúpulas de un asombroso mañana. Este nuevo horizonte, esos nuevos ojos del aviador, muchos de los que, entre nosotros, han atravesado los últimos años, lo poseen. Y Wells hace ya mucho tiempo que tiene esos ojos. Por eso, en él, esas anticipaciones del futuro, esos gigantescos horizontes del espacio y del tiempo... El aeroplano, que se atreve con lo que antes sólo estaba permitido a los ángeles, es esa revolución de la que Wells habla siempre. No conozco nada más urbano, más actual, más moderno, que el aeroplano.»³³

Abarcar las naciones con la mirada. Es lo que Wells no deja de hacer a partir de 1895. Ya sea en la guerra o en la paz, en la pesadilla o en la esperanza, sin que por ello pueda extraerse un concepto único del nuevo modo de organización mundial. En *Cuando el durmiente se despierte*, su protagonista, Graham, salta del siglo XIX al XXII, de un siglo «democrático» a otro en «plena aristocracia tiránica».

Se despierta «Amo del mundo», un mundo hipertecnologizado del que se ha apoderado, al término de una «voraz usurpación del globo», acaparando todas las empresas humanas. La velocidad ha redistribuido la topografía del planeta. La ciudad ha absorbido a la humanidad. Gracias al gran aeroplano y al pequeño «aeropilo» se da la

32. Wells, H. G., *Le Nouvel Accélérateur*, en *Récits d'anticipation*, París, Mercure de France, 1988, pág. 887 (trad. cast.: *El nuevo acelerador*, Barcelona, Bibliotex, 1998).

* *The Time machine* y *Tales of Space and Time*, respectivamente.

** Zamiatin, E. I., *Nosotros*, Barcelona, Tusquets, 1991.

33. Zamiatin, E., «Herbert Wells», *Le Métier littéraire*, Lausana, L'Âge d'homme, 1990, págs. 87-88.

vuelta al mundo en un día. Si el trayecto Londres-París dura tres cuartos de hora, porque para alcanzar la velocidad máxima se necesita cierto tiempo, el salto hasta Nueva York no requiere más de dos horas. Los ferrocarriles, y luego los trenes ligeros, los «nuevos vehículos rápidos automotores», así como las nuevas carreteras principales construidas de caucho, de «eadamita» y de toda suerte de sustancias elásticas han hecho desaparecer casi todas las ciudades de todos los pueblos. El teléfono, el cinematógrafo y el fonógrafo, han sustituido al periódico, al libro, al maestro y al alfabeto. De tal modo que «vivir fuera del ámbito de los cables eléctricos hubiera sido vivir como un salvaje aislado». ³⁴ (En la *Guerra de los mundos*, Wells habla de los «millares de cables que tejen en el aire una colosal telaraña»). Quitando Londres, Inglaterra sólo cuenta con cuatro grandes ciudades. Y por todas partes, desde el polo hasta el ecuador, reina una «misma organización social cosmopolita». El inglés es el lenguaje cotidiano de los dos tercios de los habitantes del globo que, al adoptarlo, han fabricado amalgamas (angloespañol, hispanonorteamericano, anglo negro, anglo hindú, anglo chino). Aparte de algunas curiosidades que sobreviven, sólo se conservan tres lenguas: alemán, ruso (aunque afrancesado) y francés, «siempre claro y brillante, lenguaje de la lucidez, que comparte la cuenca mediterránea con el anglo hindú y el alemán, y penetra, con un dialecto franconegro, hasta el Congo». ³⁵

¿Qué ocurre con la existencia individual, al cabo de estos doscientos años? La ciudad es una cárcel. Es el precio que hubo que pagar para el progreso. Mammon pudo más que los tiempos de libertad. Se derrumbaron las esperanzas que los demócratas del siglo XIX habían depositado en una humanidad libre e igual. El sueño de William Morris se ha convertido en quimera. La multitud siempre es la multitud, cobarde y sin defensa, en manos del demagogo y del organizador. La influencia de la riqueza trajo consigo la decadencia moral. «El tiempo de la democracia ha pasado —afirma Ostrog, consejero de Graham—, ha pasado para siempre. Este tiempo empezó con los arqueros de Crécy, y terminó al mismo tiempo que la infantería de línea, cuando los hombres en masa dejaron de ganar batallas, cuando los costosos cañones, los grandes acorazados y los ferrocarriles estratégicos se convirtieron en medios de poder. Hoy en día, es

34. Wells, H. G., *Quand le dormeur s'éveilla*, en *Récits d'anticipation*, op. cit., pág. 534.

35. *Ibid.*, pág. 535.

la época de la riqueza. La riqueza, ahora, ha adquirido una fuerza que nunca había llegado a tener... Manda sobre la tierra, el mar y el cielo. Todo el poder es de quienes saben manejar la riqueza... Hay que aceptar los hechos, y los hechos son éstos... ¡El mundo para la multitud! ¡La multitud gobernando al mundo! En vuestra época, incluso, esta doctrina había sido juzgada y condenada. Hoy en día, no le queda más que un adepto... múltiple y necio, el individuo en la multitud. ³⁶ La ciudad es una gran máquina, una organización completa, que «supera el entendimiento del hombre del pueblo». Pero frente a la calculada traición de Ostrog y de los ostroguitas, el pueblo se subleva y hace que todo salte por los aires, embarcaderos y aeroplanos. La ciudad se ha salvado. Última imagen: subido a su «aeropilo», el Amo se enfrenta con su enemigo en el primer combate aéreo de la historia y cae en picado. «Dentro de algunos segundos se despertará.»

El ensayo *Anticipaciones* se inicia con un largo capítulo dedicado a la locomoción del siglo XX y prosigue con la probable difusión, en el año 2000, de un modelo de ciudad hipertrofiada, agitada y febril, llena de hilos eléctricos y de anuncios intermitentes, y que recorren, en todas direcciones, coches, taxis, autobuses, camiones. Por lo que se refiere al asunto de la organización de la comunidad humana del porvenir, la novedad es doble. En primer lugar, el tratamiento del «conflicto de las lenguas», resuelto de forma perentoria en el *Durmiente*. Aquí, la suerte de este combate está todavía sin decidir. El francés conserva sus oportunidades. Porque el inglés está contaminado por la mentalidad comercial, mientras que la lengua de Descartes tiene a su favor el rigor científico y el prestigio de la alta cultura. La hipótesis más probable es que, en el año 2000, sólo estas dos lenguas sean universales, toda vez que el alemán no tiene sino una ínfima posibilidad de alcanzar este estatuto. Todas las demás lenguas «tenderán a convertirse, cada vez más, en la segunda lengua hablada en comunidades bilingües». ³⁷ Segunda innovación: la suerte de la tensión entre lo local y lo mundial, la diversidad y la unidad, que Wells ya cree advertir en todos los sistemas sociales y culturales de su época. Los panmovimientos (eslavo, alemán, latino, anglosajón) anuncian el refuerzo de los grandes bloques, que desbordan de los Estados-nación. Un reforzamiento que proseguirá entre negociación y lucha encarnizada por el «predominio físico». A lo que, pre-

36. *Ibid.*, pág. 587.

37. Wells, H. G., *Anticipations*, Londres, Chapman & Hall, 1904, pág. 94.

sumiblemente, habrá que añadir la unión de los «pueblos amarillos», en respuesta a las ultrajantes actitudes de los «pueblos blancos». Paralelamente a esta recomposición político-cultural macrorregional, irá tomando forma y se realizará la idea de una *World City* y de un *World State*, equivalente a lo que el mercado ya ha construido al adquirir una dimensión planetaria. De este mar de fondo, que arrastra a la humanidad hacia grandes conjuntos posnacionales, no cabe deducir que la unidad traiga consigo la homogeneidad. Porque «cuanto más complejo se vuelve el organismo social y más diversas sus partes, más imbricados y diversos son los juegos combinados de la cultura, las hibridaciones y los caracteres». 38 Estas principales síntesis que han de dar vida a una «nueva república» sólo serán posibles si emergen «nuevos republicanos». Es decir, a condición de que la clase de la gente instruida constituya una suerte de sociedad secreta, una masonería informal, que sea capaz de ejercer un control indirecto sobre los aparatos gubernamentales y los especuladores. 39

En *Una utopía moderna* reaparece este tema del Estado mundial, así como el de la aristocracia del espíritu o clase de los especialistas, que, en esta novela, llevan el nombre de «samurais». La fusión de las lenguas y las razas, lo mismo que la anulación de las fronteras, se producen no ya en el planeta Tierra, sino en un planeta clónico que gira alrededor de un sol distante unos miles de años luz. El Estado mundial es el único propietario del suelo y de todas las fuentes de energía. Los poderes locales están encargados de explotarlos y distribuirlos. El Estado también monopoliza los transportes del planeta. Esta inalienabilidad se conjuga con una cierta dosis de propiedad individual. Porque, sin ella, no hay libertad. Wells también contraviene los cánones de la utopía, al considerar que el dinero es positivo y necesario, porque garantiza la libertad y requiere esfuerzo. El patrón, sin embargo, no es el oro, demasiado variable; es la energía. La moneda, pues, consiste en «billetes de energía», emitidos por los poderes locales. A un Estado planetario le corresponde un modelo de ciudad común a todas las partes habitables del globo. El plan combina la eficacia de la circulación con la belleza funcional de las líneas. Hacia el centro urbano, donde se agrupan las oficinas públicas, dos o tres teatros y las principales tiendas, convergen dos o tres grandes vías con sus tranvías, su arcén para bicicletas y sus calzadas especiales para transportes rápidos. Allí se encuentra también la cabecera de

38. *Ibid.*, pág. 95.

39. *Ibid.*, pág. 106-107.

línea de los trenes rápidos. Al alejarnos del centro, se llega a un conjunto de viviendas y rincones campestres. Las «casas-hostales» están dotadas de limpieza automática. No es fea esta arquitectura, ni tampoco los objetos manufacturados. Las traviesas, los raíles, los trenes, los accesorios, han sido construidas por gente cultivada. Sólo la «estupidez humana» puede dar por bueno que cualquiera que le dé forma a unos objetos con los pulgares sea un artista y que cualquiera que se sirva de una máquina sea un animal. 40

En 1914, Wells publica *El mundo se libera*,* uno de los últimos relatos utópicos antes de que el siglo XX se apartara del género. A raíz de una guerra planetaria, las bombas atómicas han reducido a cenizas las ciudades y los países, exterminando incluso la vieja civilización. Una humanidad que aprende a usar esta forma de energía, emprende la construcción de una civilización totalmente nueva. Un Congreso mundial, elegido por sufragio universal, inicia la era de la plena libertad de interpelación, la libertad de crítica, la libertad de movimiento. Esta preocupación por la unificación desaparece poco a poco, después de haber elaborado una lengua universal única y una unidad monetaria única. Libre de obligaciones, la mayoría de la población se dedica al arte. Se comprende entonces por qué el editor en lengua francesa de esta obra —que hubo de esperar hasta 1995 para ser traducida— prefirió rebautizarla como *La Destrucción liberadora*. 41

EL PROYECTO ANARQUISTA Y LA REVOLUCIÓN DE LA RED

Proudhon había iniciado una tradición original de interrogantes sobre el vínculo entre la red técnica, la economía y la democracia directa. Había desmenuzado las redes de transporte. En sus obras, en efecto, reconstruye su historia y, con la minuciosidad de un contable, calcula las ventajas comparativas del transporte sobre raíl, por carretera, vías fluviales y marítimas, antes de afirmar que el «ferrocarril, entre todos los medios de transporte que se conocen, es el más potente, el más rápido, el más regular, el más constante, el más económico, el que menos expuesto está a accidentes de cualquier género, a

40. Wells, H. G., *Une utopie moderne*, París, Mercure de France, 1907.

* *The World Set Free*.

41. Wells, H. G., *La Destruction libératrice*, Bruselas, Grama, 1995.

las averías, a los retrasos».⁴² Habla como un experto. Hay que decir que, lo mismo que Saint-Simon, sabe un rato largo de transportes. Esta experiencia, la adquirió durante los primeros años de la década de 1840 cuando, después de haber vendido su imprenta, entró a trabajar en una empresa de transporte fluvial como responsable de la contabilidad y del departamento de litigios. En cuanto a su interés por las explotaciones ferroviarias, es tan patente que, en 1854, llegó a solicitar una concesión ferroviaria, que le fue adjudicada, e inmediatamente anulada por razones políticas.

Pero su estudio sobre los efectos de los ferrocarriles nada tiene que ver con la tesis de la redención por el raíl, defendida por su contemporáneo, el sansimoniano Michel Chevalier. Proudhon defiende justamente lo contrario en su libro *De las reformas a efectuar en la explotación de los ferrocarriles* (1855). Escribe: «Lo que hace que circulen las ideas, como suele decirse, no son los vagones, son los escritores, es la discusión pública, la prensa libre... ¿Creéis que bastará con una red de ferrocarriles para devolverle el pensamiento, el alma, el espíritu, la razón, a esa crisálida de 26.000 leguas cuadradas, que hoy se llama Francia? No, no: no es ésa la virtud de los ferrocarriles, y no es por ahí por donde hay que buscar su influencia sobre la civilización y las ideas».⁴³ En el prólogo de esa obra, Proudhon ha inscrito un lema, extraído de los *Principios de economía política** (1848) de John Stuart Mill: «Producir es mover». Y es que, para él, el ferrocarril es, ante todo, un «agente mercantil». Cuando habla de ello, lo hace, como suele decir, en calidad de «observador filósofo», comprometido con el estudio de la «economía política». Porque desde este ámbito es desde donde se puede hablar de una «verdadera revolución». Lo que hace la red ferroviaria es disciplinar el conjunto de la industria de los transportes y ayudar a la constitución del organismo económico, insuflando unidad, solidaridad y armonía en sus actividades comerciales, industriales y agrícolas. «Tamaño revolución, señala, acometida al margen de la iniciativa gubernamental, y por el mero impulso de las causas económicas, debía producir, naturalmente, en las profundidades sociales, una efervescencia extraordinaria, agitar la masa entera de la población, desde el gran capitalista hasta el simple peón. Este movimiento inadvertido por el vulgo, pero que las

42. Proudhon, P. J., *Des réformes à opérer dans l'exploitation de chemins de fer*, París, Librairie internationale, 1868, nueva edición, pág. 337.

43. *Ibid.*, pág. 263.

* *Principles of Political Economy*.

estadísticas de los ferrocarriles revelan con tanto fulgor al economista, es, en este momento, el acto potente y generador mediante el que la sociedad occidental, aparentemente hundida, manifiesta su energía y su vitalidad.»⁴⁴ Esta explosión del «movimiento» en la sociedad no se ha visto acompañada de un verdadero examen de la «utilidad mercantil e industrial» del tren. En su defecto, este instrumento incomparable no puede llevar a cabo su «trabajo circulatorio». El trazado en estrella impuesto por el Estado acentúa la «gravitación universal» de Francia hacia París, la «subalternización de los departamentos a la capital». Los «barones del ferrocarril» no se preocupan lo más mínimo del interés público: Hay una «incompatibilidad de las actuales compañías concesionarias con el destino de los ferrocarriles». Para concluir, Proudhon exige una reapropiación social de la red ferroviaria en el «sentido del buen mercado, de la democracia, del progreso, y según los principios de una sana economía».⁴⁵ La «feudalidad industrial» impuesta por la «bancocracia» debe desaparecer y dejar sitio a la «democracia industrial», esa sociedad de trabajo en comanda, de trabajo por el trabajo o «mutualidad universal», en la que se supone que todos los trabajadores trabajan unos para otros y ya no para un empresario que les paga y se queda con su producto.

Se está lejos de la homología simplista que Michel Chevalier trazaba entre disminución de las distancias geográficas y acercamiento entre clases sociales. Se está en presencia de uno de los primeros análisis que intentan despejar el vínculo entre la organización de la democracia y un uso macrosocial, históricamente determinado, de una red técnica de comunicación. A diferencia del sansimoniano, que ve en la red férrea una forma de estrechar el control del Estado jacobino sobre los ciudadanos partiendo de la periferia, Proudhon subordina el modelo de implantación de esta red a la acción descentralizadora del principio federativo y mutualista. En otra obra titulada *Manual del especulador en Bolsa*, había aplicado la misma fórmula para desbaratar el efecto monopolizador de las redes financieras del «capitalismo cosmopolita» al proponer la desaparición del interés del dinero, que se garantizaría con la creación de un Banco mutual de crédito gratuito.⁴⁶

44. *Ibid.*, pág. 264.

45. *Ibid.*, pág. 339.

46. Proudhon, P. J., *Manuel du spéculateur à la bourse*, París, Librairie Garnier Frères, 1857, 3ª ed.

KROPOTKIN Y RECLUS, LA RED IGUALITARIA EN LA ERA NEOTÉCNICA

Proudhon había reflexionado sobre la anarquía en la época del vapor y apenas se había aventurado por la anticipación técnica. La única vez que se arriesgó fue en una nota a pie de página: «Puede preverse, se atrevía a decir, que la navegación aérea, en el supuesto de que se lograra dirigirla, ofrecería, desde el punto de vista que nos ocupa, todavía menos ventajas que la navegación fluvial o marítima... Si a este aparato [un globo] se le añadiera una máquina que le sirviera a la vez de motor y de timón, cuya potencia, y, por consiguiente, el peso, deberían aumentar necesariamente en función del volumen del globo, pronto se alcanzarían dimensiones excesivas para un peso insignificante. Un físico, un mecánico aficionado, puede buscar la solución del problema de la dirección aerostática; un empresario de transportes no especulará ni invertirá un solo céntimo».⁴⁷

El geógrafo ruso Piotr Kropotkin (1842-1921) conecta con la electricidad la reflexión sobre la red federativa e igualitaria. Evadido de las prisiones zaristas, este miembro de la Federación anarquista del Jura milita en Suiza y en Francia (donde permanecerá encarcelado entre 1882 y 1886), y se refugia en Londres donde residirá hasta 1917, fecha de su regreso a Moscú. Entre 1888 y 1890, publica una serie de artículos que reúne, en 1899, en un volumen titulado *Campos, fábricas y talleres*. Tres años más tarde se publica *El apoyo mutuo: un factor de evolución*, otra recopilación de trabajos escalonados entre 1890 y 1896. El segundo es esencial para comprender el primero. Es el fruto de una polémica, en torno a la teoría darwiniana de la evolución, con Thomas H. Huxley que ha publicado un artículo con un título significativo: «Manifiesto de la lucha por la existencia»* (1888). Según Kropotkin, el antiguo profesor de Wells sólo se ha quedado, de la explicación que Darwin da de la evolución, con la competición y la lucha por la vida, ocultando de paso el otro aspecto, menos conocido, que hace énfasis en la ley del «apoyo mutuo» y del «soporte mutuo» (lo que el traductor de la obra al francés denomina «ayuda mutua»).** La historia de la humanidad también es la

47. Proudhon, P. J., *Des réformes à opérer dans l'exploitation des chemins de fer*, op. cit., pág. 45, nota 1.

* «Struggle for Existence Manifesto.»

** «Entr'aide.»

de las manifestaciones de esta espontánea ayuda mutua. Enfoque que jamás han tenido los historiadores porque jamás se han preocupado de la gente de abajo; la «historia popular está todavía por hacer».⁴⁸ La tendencia a la ayuda mutua se aprecia en todas las épocas de la marcha de la humanidad, tanto en el clan primitivo como en la comunidad aldeana de los bárbaros o la ciudad medieval, hasta la constitución del Estado. La prueba está en que «la necesidad de ayuda y de apoyos mutuos que últimamente ha encontrado refugio en el reducido círculo familiar, o en los barrios pobres, los pueblos o la unión secreta de trabajadores, no hace sino reafirmarse de nuevo, incluso en nuestra sociedad moderna, y reivindica su derecho a ser, como siempre lo ha sido, el principio rector para alcanzar un mayor progreso».⁴⁹ El curso de los acontecimientos conduce a los pueblos, ineluctablemente, hacia formas superiores de cooperación libre y espontánea entre los individuos, los grupos, las regiones y las naciones, haciendo superfluo el modo de organización colectiva en Estados.

¿Cómo producir de otra forma, en una economía en la que se replantearía la finalidad de la producción y la jerarquía de las necesidades humanas? *Campos, fábricas y talleres* responde a la pregunta presentando un inventario crítico de las formas de implantación agrícola, industrial y urbana, y aislando los gérmenes de lo nuevo. Veamos el testimonio de Lewis Mumford, historiador de la ciudad, las técnicas y las utopías sociales: «En este libro notable, Piotr Kropotkin ha hecho una aportación precoz. Adelantándose medio siglo, al menos, a las ideas económicas y técnicas de su época, comprendió que la flexibilidad y la adaptabilidad de la comunicación eléctrica y de la potencia eléctrica, al mismo tiempo que las posibilidades de los métodos intensivos del cultivo biodinámico, sentaban las bases de un desarrollo humano más descentralizado, en pequeñas unidades, que restaura el contacto humano directo, y que se beneficia, a la vez, de las ventajas de la ciudad y del campo».⁵⁰ Al leer este fragmento

48. Sobre este punto véase Kropotkin, P., *La Grande Révolution 1789-1793*, París, Stock, 1910 (trad. cast.: *Historia de la Revolución francesa: 1789-1793*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1929).

49. Kropotkin, P., *Mutual Aid: A Factor of Evolution*, Boston, Porter Sargent Books, reimpresión, ed. 1914, pág. 292 (trad. cast.: *El apoyo mutuo: un factor de evolución*, Madrid, Madre Tierra, 1989).

50. Mumford, L., *The City in History: Its Origin, its Transformation and its Prospects*, Londres, Secker and Warburg, 1961, pág. 514 (trad. cast.: *La ciudad en la historia: sus orígenes, transformaciones y perspectivas*, Buenos Aires, Infinito, 1966).

extraído de *The City in History*, se comprende por qué Mumford en los años treinta, empezó a construir su historia urbana y técnica tomando prestada del geógrafo anarquista su periodización de la historia de las técnicas. Y también por qué los partidarios de la arquitectura «orgánica», como Frank Lloyd Wright, se inspirarán en la visión de futuro de Kropotkin.

Hemos dejado atrás, escribe el anarquista ruso, la era «arquetípica» del vapor y de la concentración de la era industrial. Entramos en la de la «neotécnica». Los planes propuestos por los utopistas estaban marcados por la coacción. Las microunidades denominadas «falansterio» o «comuna» se modelaban sobre la familia. Al querer convertirla en la «gran familia», obligaban a los «hermanos» y a las «hermanas» a vivir en promiscuidad y, en definitiva, sin más horizonte que el recinto comunitario al que debían consagrar su vida entera. Apoyándose en las virtudes descentralizadoras de la electricidad, van a emerger nuevas formas de vida. Estas formas no vendrán de arriba, sino que se van a determinar por sí mismas. Se «harán sobre mil puntos a la vez».

«Hasta ahora la economía política ha insistido sobre todo en la división. Nosotros reclamamos la integración y mantenemos que el ideal de la sociedad —es decir, la próxima meta hacia la que la sociedad ya está en disposición de marchar— es una sociedad de trabajo integrado.»⁵¹ Una sociedad reorganizada deberá «abandonar el señuelo de naciones especializadas en la producción agrícola o manufacturadas». Cada sociedad deberá depender de sí misma y antes que nada aprovechar todos sus recursos. Ha llegado el momento de preguntarse si la división internacional del trabajo que se nos propone como una «necesidad» y un «gran avance» no se está convirtiendo más bien en una pesadilla. ¿A qué precio se ha conseguido? El costo ha sido una feroz competencia y fuertes concentraciones industriales y demográficas en ciertos países y en ciertas ciudades o regiones de esos países, lo que ha supuesto la no utilización de las capacidades y de las necesidades locales y, por consiguiente, su no satisfacción. Para evitar que Londres siga fabricando todos los paraguas o las mermeladas para el Reino Unido o que Francia importe hoy la mayoría de sus tejidos de Inglaterra, cuando hace poco era autosuficiente, o también que Suiza exporte locomotoras, cuando no dispo-

51. Kropotkin, P., *Fields, Factories and Workshops*, New Brunswick, N.J./Londres, Transaction Publishers, 1993, pág. 23 (trad. cast.: *Cámpos, fábricas y talleres*, Madrid, Júcar, 1978).

ne de ninguna mina de hierro o de carbón, hay que proceder a la disseminación de las industrias por todo el territorio, tanto a escala nacional como por toda la superficie del globo, de tal forma que cada comunidad produzca y consuma ella misma la mayor parte de sus productos agrícolas y manufacturados.

Esta integración, a escala de cualquier agrupación de individuos, suficientemente numerosos como para disponer de cierta variedad de recursos naturales, implica que haya una simbiosis entre la industria manufacturera y la agricultura (mediante pueblos industriales o «industrias en los campos») entre el trabajo intelectual y el manual, entre el científico y el artesano (una alianza entre Newton y Stephenson), entre la ciudad y el campo y, por último, una «educación integral» o «completa», según la idea tan grata a Fourier, es decir, procesos de aprendizaje que reconcilian las manos con el cerebro, el taller con el campo. La investigación que Kropotkin desarrolla en *Cámpos, fábricas y talleres* es, a la vez, un balance de lo que la humanidad ha perdido con la división y un detenido examen de las alternativas que van despuntando por toda Europa. Fascinado por el potencial de la energía eléctrica, Kropotkin llega incluso a mencionar experiencias, recogidas por la revista *Nature*, cuya seriedad está fuera de dudas, llevadas a cabo en Rusia e Inglaterra, y relativas a la utilización de hilos eléctricos enganchados a los postes telegráficos, que se extendían por encima de campos cultivados (para acelerar el crecimiento y mejorar el rendimiento de las fresas y las remolachas!

«Acelerar el advenimiento de la Patria Grande» donde la civilización tendrá «su centro en todas partes, su circunferencia en ningún lugar». Kropotkin comparte este ideal con el geógrafo francés Elisée Reclus (1830-1905), otro desterrado de su madre patria por su participación en la Comuna, con quien militó en la misma federación anarquista y lanzó *El Insurgente*,* en Ginebra, durante los primeros años de la década de 1880. Autor de una monumental *Geografía universal* en diecinueve volúmenes, cuya publicación se escalona entre 1875 y 1894, y a la que contribuyó Kropotkin, Reclus, en este trabajo pionero de la disciplina, sigue siendo fiel a la filosofía de la fraternidad universal que le dictan sus opciones políticas. «He querido vivir mis relatos —escribe en la conclusión del último tomo— enseñando de cada país los rasgos que lo caracterizan, señalando para cada grupo de la humanidad el espíritu que le es propio. En todas partes, he de decir, me sentí como en mi casa, como en mi país, entre

* *Le Révolté*.

hombres, mis hermanos. No creo haberme dejado arrastrar por ningún sentimiento que no fuera el de la simpatía y el respeto por los habitantes de la Patria Grande. En esta bola que gira tan rápido en el espacio, grano de arena en medio de la inmensidad, ¿valdría la pena odiarse los unos a los otros? Pero, al situarme en este punto de vista de la solidaridad humana, me parece que mi obra no está acabada.»⁵²

Por lo demás, en sus combates, el militante libertario rehabilita la leyenda de las *reducciones* del Paraguay, que la Ilustración y la *Enciclopedia* habían puesto en la picota por su vinculación con los jesuitas. A lo largo de tres artículos que aparecen publicados entre 1866 y 1868 en *La Revista de los dos mundos*,* Reclus toma partido por este pequeño país en guerra contra la triple alianza Argentina-Brasil-Uruguay, apoyada por la Gran Bretaña, una de las guerras más sangrientas del siglo, desencadenada so pretexto de defender la libre navegación por la red fluvial del Río de la Plata. Reclus nunca ha pisado, ni pisará, Paraguay. Pero su interés por el continente es indiscutible. Siendo un joven geógrafo, efectuó su primer estudio de campo en Nueva Granada (actual Colombia) sobre el paisaje de la naturaleza tropical en la Sierra Nevada de Santa Marta. Incluso intentó fundar una colonia utópica. La postura que adopta en favor de Paraguay desentona, no sólo en relación con la opinión difundida por la gran prensa europea acerca de esta polémica cuestión que, por sus implicaciones comerciales y políticas, rebasa el continente americano, sino también respecto de la línea editorial de la publicación. Un cuarto artículo, por cierto, es rechazado y publicado en la *Revista política y literaria*.** ¿Qué motivos tiene Reclus para ir contra corriente? Respuesta de la socióloga paraguaya Milda Rivarola: «Para el sabio anarquista, los soldados paraguayos eran los herederos de aquella mítica experiencia "socialista" de América, que seguían luchando contra la esclavitud y las pretensiones expansionistas y monárquicas de Brasil. [...] América era el Nuevo Mundo donde los principios liberales nacidos de la Revolución francesa podían materializarse; donde las repúblicas eran instituciones políticas basadas en la libertad; donde el mestizaje de las razas indígenas y europeas era una de las garantías de la igualdad por llegar, y don-

52. Reclus, É., *Nouvelle géographie universelle*, París, Hachette, 1894, vol. 19, págs. 794-795 (trad. cast.: *Nueva geografía universal: la tierra y los hombres*, Madrid, El Progreso Editorial, 1890).

* *La Revue des Deux Mondes*.

** *Revue politique et littéraire*.

de la federación de países era una culminación de la fraternidad universal».⁵³

LA FUNCIÓN PLANETARIA DEL CINEMATÓGRAFO

A partir de 1896, Georges Méliès (1861-1938) escribe un nuevo capítulo del ecumenismo de la comunicación, por mediación de la técnica. Con el membrete de la «Manufactura de películas para cinematógrafos»,* que acaba de fundar, imprime esta publicidad: «El Mundo al alcance de la mano». Su *Viaje a la luna*** (1902), inspirado en un relato de Julio Verne, es el primer éxito internacional del naciente cine. Quienes piensan como este inventor del cine de ficción estiman que, llamado a ser inmensamente popular, este nuevo arte del espectáculo responderá a las exigencias de una «vasta socialización del mundo». «Enlace de la humanidad», representa el arte de lo «En-Masa», dirá más tarde el cineasta Marcel L'Herbier (1890-1979). En 1912, Abel Gance, el futuro director de *Napoléon*, escribe en *Ciné-Journal*: «Esta admirable síntesis del movimiento del espacio y del tiempo... es un sexto arte que, en el mismo segundo, hará que broten las lágrimas de los ojos del árabe y del esquimal con el mismo dolor y que, al mismo tiempo, les dará la misma lección de valor y de belleza».⁵⁴ Otros lo vituperan. Precisamente por su destino universal es por lo que infringe las reglas del arte y de los valores intelectuales, en resumen, porque es *vulgar*. «Las mismas películas, escribe Paul Souday, uno de los primeros y más irreductibles enemigos del cine, se representan en las últimas aldeas de las cinco partes del mundo, no sólo ante europeos y americanos sin cultura intelectual, sino ante amarillos, negros, botocudos y papúes. ¡Hasta dónde hay que rebajarse para agradar a estas enormes multitudes!»⁵⁵ Más pragmático, el coronel Marchand (1863-1934), el héroe, a pesar suyo, de Fachoda, lo considera sobre todo un «agente de pacificación». «El empleo del cinematógrafo por parte del explorador

53. Rivarola Espinoza, M., «La dislocation du Paraguay sous l'œil d'un anarchiste», en Remiche-Martinow, A. y Schneier-Madanes, G. (comps.), *Notre Amérique métrisse*, París, La Découverte, 1992, págs. 122-123.

* Manufacture de films pour cinématographes.

** *Voyage dans la lune*.

54. Gance, A., «Qu'est-ce que le cinématographe? Un sixième art», *Ciné-Journal*, n° 195, 8 de marzo de 1912 (reproducido en L'Herbier, M. [comp.], *Intelligence du cinématographe*, París, Correa, 1946, pág. 91).

55. Citado en L'Herbier, M., *op. cit.*, págs. 27-28.

—escribe al director de la revista *Le Film*, del 7 de marzo de 1914— puede producir, en el indígena del África negra y de otras muchas regiones de tez menos oscura, los efectos de impresión que Viator [el explorador] daba por descontado. Con una condición, no obstante: la de que las películas sean cuidadosamente elegidas para divertirlo y no para aterrorizarlo. No hay más que una forma ventajosa y segura de desarmar al primitivo: hacer que se ría... El cinematografocómico (¡perdón!) es, evidentemente, el arma para la conquista de África y de otros muchos lugares. De entrada le da a su poseedor la reputación de brujo respecto de los hijos de la naturaleza, como diría Jean-Jacques [Rousseau], no hay mayor soberanía en país negro... Y otros.⁵⁶

En febrero de 1915, mientras que en Europa la guerra da al traste con la producción y los panegíricos haciendo que Francia pierda su hegemonía en los mercados mundiales, el novelista Jack London (1876-1916), toma el relevo, desde Hollywood, firmando un artículo en la *Paramount Magazine*, de la que se toma el siguiente fragmento: «La pantomima y las imágenes —dos símbolos que han dejado su huella en cada uno de los pasos hacia adelante que ha dado la especie humana en su evolución—. [...] De nuevo, el ciclo de la evolución se reproduce con la pantomima y las imágenes... las imágenes animadas. Derriba las barreras de la pobreza y del entorno, que cerraban los pasos que conducen a la educación, y distribuye el saber en un lenguaje que todo el mundo puede entender. El trabajador de pobre vocabulario se iguala con el sabio... La educación universal —es el mensaje [...]—. El tiempo y la distancia han sido aniquilados por la película mágica para acercar a los pueblos del mundo [...]. Miráis, horrorizados, las escenas de guerra, y os convertís en un abogado de la paz. Ningún lenguaje puede dejar una impronta tan vivaz en vuestra conciencia».⁵⁷

«El Tiempo y el Espacio murieron ayer»: es lo que proclamaba también, en 1909, una revolución artística, anunciadora de las revueltas expresionista, dadá y surrealista, al celebrar la convergencia de las técnicas en movimiento, aparecidas en el transcurso del siglo XIX. El 20 de febrero, *Le Figaro* publicó el *Manifiesto del futurismo*, manifiesto de «violencia apabullante e incendiaria». En un tono profético, el escritor italiano Filippo Tommaso Marinetti (1876-1944) invitaba a los artistas a buscar su inspiración en la vida moderna, exaltando el movi-

56. Marchand (coronel), «Lettre», *Le Film*, 7 de marzo de 1914 (reproducido en L'Herbier, M., *Op. cit.*, pág. 93).

57. London, J., «The Message of Motion Pictures», *Paramount Magazine*, febrero de 1915.

miento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto mortal, el puñetazo, la guerra y la virilidad (que en él tiene forma de rechazo visceral del «feminismo»). «Declaramos que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza: la belleza de la velocidad. Un automóvil de carreras con sus aletas adornadas de gruesos tubos, como si fueran serpientes de explosivo aliento... un automóvil rugiente, que da la impresión de correr sobre metralla, es más bello que la *Victoria de Samotracia*.» Los museos y las bibliotecas no son más que cementerios. Vivimos ya en lo absoluto, puesto que hemos creado la eterna velocidad omnipresente. «Cantaremos las grandes multitudes agitadas por el trabajo, el placer o la revuelta; las resacas multicolores y polifónicas de las revoluciones en las capitales modernas; la vibración nocturna de los arsenales y de las obras bajo sus violentas lunas eléctricas; las estaciones glotonas, tragaldabas de serpientes humeantes; las fábricas suspendidas de las nubes por los hilos de sus humos; los puentes con saltos de gimnastas lanzados sobre las diabólicas cuchillas de los ríos soleados; los aventurados paquebotes husmeando el horizonte; las locomotoras, con sus grandes pecheras, que piafan sobre los raíles, como si fueran enormes caballos de acero embridados con largos tubos, y el deslizante vuelo de los aeroplanos, cuya hélice tiene chasquidos de bandera y aplausos de multitud entusiasta.»⁵⁸

Luego vendrán, en 1913, *Imaginación sin hilos* y *Las palabras en libertad*.^{*} El futurismo pregona su principio: la completa renovación de la sensibilidad humana bajo el influjo de las grandes innovaciones técnicas y científicas. Telégrafo, teléfono, gramófono, tren, bicicleta, motocicleta, automóvil, transatlántico, dirigible, aeroplano, cinematógrafo, pero también gran periódico «síntesis de la jornada del mundo». La velocidad ha empequeñecido la Tierra. Ha destruido las distancias y las soledades nostálgicas. Un «nuevo sentido del mundo» se ha abierto camino. «Los hombres poseen hoy el sentido del mundo: no tienen necesidad de saber lo que hacían sus antepasados, sino que necesitan saber lo que hacen todos sus contemporáneos.» Necesitan «comunicar con todos los pueblos de la tierra y sentirse a la vez, centro, juez y motor de todo el infinito explorado e inexplorado». De ahí el «angustioso deseo de determinar en cada instante nuestras relaciones con toda la humanidad».⁵⁹

58. Reproducido en Lista, G., *Marinetti*, París, Seghers, 1976, pág. 176.

* *Imagination sans fils* y *Les Mots en liberté*.

59. Lista, G. (comp.), *Futurisme. Manifestes, documents, proclamations*, Lausana, L'Âge d'homme, 1973, págs. 142 y 143.